

## DEL CATALAN AL CASTELLANO

A José Agustín Goytisolo me unen escasos y curiosos contactos: un viaje en un avión en el que un terrorista había estado a punto de meter una bomba, y otro viaje, en automóvil, por Sitges y Reus a la búsqueda de la fascinante arquitectura de Ricardo Bofill. Ahora, también, la lectura a viva voz, su leer seco y sonoro, de una serie de poemas de su último libro.

Que no es un tomo de versos suyos, sino una antología hecha según su personal exigencia estética: «Poetas catalanes contemporáneos», editado por Seix Barral.

En ella, una cumplida muestra de originales de Josep Carner, Carles Riba, J. V. Foix, Joan Salvat-Papasseit, Marià Manent, Pere Quart, Bartomeu Rosselló-Porcel, Salvador Espriu, Joan Vinyoli y Gabriel Ferrater se encaran con las fieles y expresivas versiones castellanas de Goytisolo.

Pero no me importa ahora de «Poetas catalanes contemporáneos» su aspecto estrictamente literario, sino su dimensión sociocultural, que ha sido realmente vasta: a los pocos meses de aparecer, se ha agotado su primera, y copiosa, edición. ¿Era de presumir, todavía cinco años atrás, que el público de la España y de la América de lengua castellana se interesara masivamente por nuestros poetas? el hecho es que de un tiempo a esta parte muerden las ediciones castellanas de obras catalanas: novelas y narraciones de Arbó, Benguerel, Espinàs, Moix, Peruchó, Pla, Rodoreda, Sagarra, Salas, Sarsanedas, Vila Casas, Villalonga, mías, poesía de Clementina Arderiu, Espriu, Foix, Garcés, Pere Quart, Riba, la antología de lírica medieval preparada por Enrique Badosa; ensayos de Castellet, Comas, Díaz-Plaja, Fuster, Melià, Teixidor; teatro de Brossa, Espriu, Oliver, Pedroló... Las listas podrían, de seguro, extenderse. Pero como muestra, bastan.

El fenómeno, realmente, es importante, y por partida doble. Toda literatura pequeña en demografía, como la catalana o la sueca, necesita para su ufanía de un público más amplio, de un lado, y de otro de una lengua-puente hacia el resto de idiomas. ¿Cómo pueden un sueco, un holandés, prescindir del alemán o del inglés? Para el escritor catalán, esta lengua-puente es, de toda evidencia, el castellano. Es o debe ser, o ambas cosas a la vez, porque circunstancias histórico-políticas han desviado y frenado con demasiada frecuencia esta cuestión, tan meridiana desde un planteamiento puramente cultural. El lector castellano y la vía internacional que el castellano posee son un mercado y un conducto que, forzosamente, tiene que aprovechar la literatura catalana.

La lista de libros traducidos podría hacer creer que el asunto ya funciona a pleno rendimiento. La verdad, sin embargo, es otra. La antología de José Agustín Goytisolo ha tenido éxito. Bien. Salvador Espriu se ha visto súbitamente aupado como autor de moda. Perfectamente. Josep Pla goza de una antigua clientela que le sigue,

De acuerdo. Pero, ¿y los demás? Supongo que alguno de nuestros autores traducidos se ha visto reeditado. Otros —yo mismo— han sido acogidos con interés por la crítica. Pero la abrumadora mayoría de todo este papel ha sido observado con indiferencia, a veces con estupefacción.

Supongo que las causas pueden achacarse a diversos factores inmediatos, desde la modesta calidad o la escasa justificación de algunos de los libros traducidos hasta la mala distribución editorial, pasando por la vieja teoría, seguramente válida, de que un buen autor a la larga se impone, como son los casos de Pla y de Espriu. Todo esto, no obstante, sólo roza el problema de fondo, el problema agudo y real.

Que es un problema de conocimiento cultural. ¿Por qué Pla y Espriu han suscitado curiosidad? Porque las colaboraciones del primero en la prensa en castellano y el alud publicitario que se ha vertido sobre el segundo han creado un estado de conciencia naturalmente propicio. Críticos como Rafael Conte, de «Informaciones»; Díaz-Plaja, de «ABC»; Josep Melià, de «Nuevo Diario»; Alberto Míguez, de «Madrid»; Dámaso Santos, de «Pueblo»; Antonio Valencia, de «Arriba»; periodistas como José Carlos Clemente, de «Actualidad Española», o Miguel Fernández-Braso, de «Pueblo»; revistas especializadas como «Insula», con José Domingo, Paulina Crusat, Pedro Gimferrer, bajo la vigilante aquiescencia de José Luis Cano, o como «Cuadernos para el Diálogo» y la postura verdaderamente dialogante de Pedro Altares; estas personas y órganos, junto con otros más, han ido suscitando, de acuerdo con sus conviccio-

nes o sus posibilidades particulares, un relativo clima de comprensión y de conocimiento hacia nuestras letras.

Todo lo cual evidencia todavía más este problema cultural de fondo: la extendida y casi total ignorancia exterior que rodea la cultura en lengua catalana. O la gallega, o la vascuence, tanto da, aunque el volumen literario catalán haya estado a un nivel mucho más alto desde sus mismos arranques medievales hasta hoy.

El libro francés, inglés, ruso o italiano, llega al lector castellano con un potente respaldo: el peso de Francia, de los países anglosajones, de la URSS o de Italia en el mundo. El libro catalán no goza, ni muchísimo menos, de esta posición. Como no la gozaba la literatura hecha en Hispanoamérica, salvo contadas excepciones, o numerosas, pero excepciones al fin y al cabo. Me decía hace unos días Max Aub que sorprenderse repentinamente de que hayan surgido novelistas de la calidad de Carlos Fuentes en Méjico o de Gabriel García Márquez en Colombia, pongo por caso, equivale a ignorar las existencias de sus predecesores, de tanto fuste como ellos: un Martín Luis Guzmán o un José Eustaquio Ribera. Y esto ocurría con autores de países cuya lengua es la oficial en España. ¿Cómo va a ser recibida en el ámbito peninsular una literatura que no se ha estudiado y cuya lengua se halla al margen de la enseñanza oficial en sus distintos grados y de los grandes órganos de comunicación de

masas? Las excepciones —un programa de libros catalanes que hacía, y quizá continúe, José M. Lladó en TV, un premio creado por el Ministerio de Información y Turismo, un par de cátedras universitarias...— son estimables, pero, a escala de país, inoperantes.

Es cierto, sin embargo, que el tiempo boga y desde ángulos diversos a favor de este conocimiento cultural de lo catalán, de su difusión. Es sintomático y esperanzador, para ceñirnos a ejemplos madrileños, que «Alianza Editorial» prepare, traducidas, una antología de poesía catalana desde sus orígenes hasta este momento, debida a Castellet y a Molas, y una de narradores contemporáneos, confeccionada por Castellet; paralelamente, «Taurus Ediciones» tiene en cartera otra antología de versos y otra de prosa, seleccionada por José Batlló. Pero seguimos con lo mismo: son esfuerzos individuales y aislados.

Cuando en toda España los alumnos de colegios, institutos y universidades estudien literatura y lengua catalana —y vascuence y gallega—, como mínimo unas nociones graduadas según las disciplinas que se cursen, sólo entonces el castellano —la masa lectora y el conducto lingüístico— será auténticamente útil e imprescindible para el catalán.

Baltasar PORCEL